

béis dicho, y hay obsesiones á las que la mujer más valiente no sabe resistir.

El conde, indeciso, la miró un instante; pero en presencia de aquella cara de labios cerrados, de ojos fijos, de facciones convulsas por una lucha interior, no se atrevió á insistir.

Se inclinó profundamente y salió.

Cuando se quedó sola la comadrona, cayó sobre la silla y quedó un momento pensativa. La sacaron de sus meditaciones dos brazos que la rodearon el cuello y una voz dulce que la preguntó:

—¿Qué hay?

Ella contestó:

—Hay que acabo de cumplir con mi deber, y que esto es á veces terriblemente difícil.

Y atrayendo hacia ella á su hija, la dió en la frente un beso apasionado.

## V

## Madre é hija.

Cuando Teresa Montarón había visto á la señorita de Corbiere en la calle de Juan-Jacobo-Rousseau, yendo á buscar el paquete que un empleado la entregó, Fernanda hacía su peregrinación anual á aquel sitio y era el cuarto viaje que allí hacía después de la partida de Marcelo Montarón.

Pero si en las otras excursiones que allí había hecho nadie la había vigilado, no sucedía lo mismo aquel día.

Oculto detrás de las cortinillas de un coche de alquiler, la vieja Launay observaba todos los movimientos de la joven.

La vió entrar en el correo y salir de él, montar en un coche, dirigirse hacia la calle de Santa Dominica, pagar el coche, que dejó á cierta distancia del hotel de Corbiere, franquear la puerta monumental, y cuando dos minutos después entró ella en el hotel por una de las puertas del jardín, vió á Fernanda sentada cerca de una ventana y sumergida en la lectura de un protocolo, que debía ser interesante, á juzgar por la atención que Fernanda prestaba.

Pocos días después de su visita al correo, á cosa de las tres de la tarde, se encontraba Fernanda en el gran salón del hotel de Corbiere, sola, delante de un piano de Erard, al que to-

SECRETARIA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA LEGISLATIVA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

caba melancólicamente, por matar el tiempo, las melodías de Schubert, tan tristes y al mismo tiempo tan amorosas á veces y tan apasionadas, cuando entró el marqués de Sauves y fué á ponerse de codos sobre el piano.

Fernanda quiso dejar de tocar.

—No—la dijo el marqués,—continúa; podremos hablar lo mismo.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Que vais á abandonar París y que ya no os veré, porque no tengo todavía derecho á seguirlos á todas partes, como desearía... ¿Cuándo consentiréis en concedérmelo?

Fernanda eludió la pregunta.

—¿Adónde vamos?—preguntó.

—¿Lo ignoráis?

—En absoluto.

—¡Me admiráis!

—¡Debo deciros que mi madre y yo estamos muy indiferentes y que, desde hace algún tiempo, apenas me dirige la palabra más que para elogiarnos.

—No la querréis mal por eso, Fernanda.

Esto fué dicho con un tono encantador, discreto, con una sonrisa fina.

Francamente, era preciso hacer justicia al marqués.

Era difícil mostrarse más paciente, más cortés ni más atento.

La señorita de Corbiere respondió:

—No, y puedo hacer os una promesa, y es que, suceda lo que quiera, seguiremos siendo los mejores amigos del mundo.

—¿Por qué decís «sucedá lo quiera»?

—¿Quién puede prever el porvenir?

Hasta entonces Fernanda había continuado tocando sus melodías, muy bajo; de pronto se detuvo, cerró el piano y, poniéndose también ella de codos sobre la tapa del teclado, dijo:

—¿Por qué no hemos de hablar en serio los dos? Habéis pedido mi mano á mi madre...

—Con entusiasmo.

—¿Ella os la ha concedido?

—Al menos todo lo que ella puede hacer en este caso.

—Es decir, excepto mi consentimiento.

—Sin duda alguna. Vos sois quien debe resolver.

Fernanda quedó pensativa.

El marqués se acercó un poco más á la joven, y con tierno acento la dijo:

—¿Queréis permitirme defender un instante mi causa cerca de vos?

—Hacedlo.

—¿De qué puede provenir esa preocupación que noto en vos? La cuestión para vos se reduce á dos términos: mi pretendiente, ó más bien, el aspirante á mi mano, ¿puede inspirarme confianza ó no? ¿Está en estado de hacer mi felicidad, ó no es capaz? En una palabra, me agrada ó no?... Es sencillo; á vuestra razón y á vuestro corazón es á los que debéis consultar.

—Hablais como un libro. ¿Y me amais según creo?

—¿Lo habéis dudado alguna vez? Sí, os amo y he aquí por qué: Es que he apreciado desde hace mucho tiempo todo el buen sentido que

hay en vos, el sentimiento de honor que os dirige en todas las circunstancias, vuestra generosidad, vuestra bondad, en una palabra. Vuestra alma, Fernanda, es tan pura, tan hermosa como vuestra cara. Así es que os amo lealmente, con un deseo profundo de unir mi vida á la vuestra. Si aceptais, haremos la vida que querais, viviremos en la alta sociedad ó lejos de ella. Esto es lo que tenía interés en deciros antes de vuestra partida.

—Yo también os profeso una gran amistad y os apreció mucho, pero...

—¿Pero?—preguntó el marqués sonriendo.

—No puedo contestaros todavía...

—¿Por qué?

—Esperad... No digo no...

—¿Pero no decís sí tampoco?

—Tengo una idea en mi cabeza y quiero primero desembarazarme de ella. Tengo un remordimiento sobre la conciencia.

—¿Un remordimiento, no lo creeré jamás!

—Una inquietud al menos, un escrúpulo, si queréis.

—¿Y con qué motivo, si se puede saber?

—Ese es mi secreto... Para curarme de él necesito ese plazo que os pido... ¿Podéis concedérmelo?

—¿Será muy largo?

Fernanda hizo un gesto de incertidumbre.

—Un año, dieciocho meses tal vez...

—¡Oh!

—¿Es demasiado?

—¡Ya lo creo!...

Fernanda se sonrió.

—Dentro de un año no tendré aun veinte.

—¡Pero yo tendré treinta y cuatro!

—¿Qué importa si yo os quiero lo mismo!

—¿Entonces me prometéis?...

—No os prometo nada más que mi amistad. Fernanda se levantó.

El marqués la retuvo, cogiéndola por la mano.

—¡Fernanda—dijo,—hay en el fondo de vuestro corazón un sentimiento que se parece al amor!

—¿Por quién?—preguntó Fernanda.

—¡Eh, qué sé yo!

La joven movió la cabeza.

—Os equivocais—dijo con viveza.

—¿Pero entonces?—repuso el marqués medio desconcertado.

—No es amor, es un sentimiento de justicia lo que me detiene.

—¿Qué pasa?—murmuró el marqués.

—Cosas que vos no podéis comprender. Esperad.

—¡Sea, puesto que vos lo exigís!

En el tono con que el señor de Sauves pronunció estas palabras, había un átomo de despecho.

Este misterio le sorprendía causándole una secreta inquietud.

Sin sentir por Fernanda una de esas pasiones ardientes, había hecho de aquel matrimonio el objeto de su vida, y á sus ojos la señorita de Corbiere era una de esas mujeres que no se reemplazan.

Ahora bien, ella no quería comprometerse.

Tenía un secreto, y el secreto del corazón de una joven levanta siempre una ola de celos en el alma del que la quiere.

El marqués acompañó á Fernanda al jardín.

—Me causais un gran sentimiento—la dijo.

—Yo había esperado otra cosa de nuestra entrevista.

—Eso no puede ser—amigo mio,—ahora al menos, no en verdad.

Y cambiando bruscamente de asunto:

—¿De modo que abandonamos París?—preguntó.

—Parece.

—¿Y vamos?

—A Sologne, creo.

—Nunca hemos marchado tan tarde... Yo no sé qué es lo que ha podido retener á mi madre en París... Yo pensaba que ella hubiera preferido Fontaine este verano.

—Y yo lo hubiera deseado.

—¿Por qué?

—Por estar más cerca de vos. Tal vez hubiera conseguido convenceros.

Fernanda no contestó más que con un suspiro.

El conde se despidió y salió.

Fernanda volvió á su habitación, sacó del pupitre el voluminoso pliego que antes había guardado, y lo leyó de nuevo.

Lo había leído tantas veces desde que había llegado á su poder, que casi se lo sabía de memoria.

¿Por qué se complacía tanto en aquella lectura?

¿Por qué la interesaba en tan alto grado la historia de Marcelo Montarón?

En su corazón no había nada que se pareciese á una pasión ni aun á un capricho.

Pero en la intriga misteriosa en que su bondad la había comprometido, encontraba un interés del que no quería ser distraída.

La insistencia de la condesa en querer casarla, contribuía á hacerla odioso el matrimonio con el marqués, á pesar de que siempre había sentido por él una viva simpatía.

Le tenía por un verdadero hidalgo, y á sus ojos, esta cualidad le hacía superior á los demás.

Tenía razón.

El marqués conservaba en el fondo del alma ese viejo sentimiento del honor que tiende cada vez más á desaparecer; pero que en él presidía todos los actos de su vida.

Fernanda, sumergida en la lectura de la carta de Marcelo, se había detenido en esta frase, de la que la incluía del señor Silas Barker, dirigida al joven Montarón. «¡Mi hija os ama!» y se decía que puesto que Miss Minnie Barker, á quien se representaba como una de esas brillantes y en realidad admirables americanas de las que había visto algunos ejemplares, amaba á Marcelo, era que él estaba dotado de las cualidades que apasionan á las mujeres, tanto más notables cuanto que la señorita Barker se había fijado en él ocupando, como él ocupaba, un puesto modesto.

La puerta de la habitación se abrió y Fernanda no tuvo tiempo para poder ocultar las

hojas de la voluminosa carta. No pudo más que reunir las conservándolas en la mano.

—¿Qué es eso?—preguntó una voz agria é imperiosa.

Era la de la condesa de Corbiere.

—¿Esto?—repitió tranquilamente Fernanda—es un trabajo muy interesante, de que me ocupo.

Al mismo tiempo guardó el precioso cuaderno en un cajón, cerró con llave, la sacó de la cerradura y se la echó en el bolsillo sin ninguna afectación de misterio.

La condesa llegaba profundamente irritada.

Pero tenía bastante esperiencia y astucia para no ceder á los consejos de la cólera.

Tomó una silla, se colocó al lado de su hija, cuya calma era una advertencia para ella y dijo:

—¿Era Huberto quien estaba aquí hace un momento?

—Sí.

—¿Habéis hablado?

—Claro.

—¿Te ha dicho que te ama, que no tiene más que un deseo, el de obtener tu mano lo antes posible?

—¡Oh!—dijo Fernanda sonriendo,—ese es siempre su tema.

—¿Y tú le has contestado?...

—Lo que os he contestado á vos misma, querida madre...

—¿Siempre pretextos, retrasos, incertidumbres?

Fernanda dijo con voz melosa:

—Vamos, madre, tu debieras felicitarme por eso.

—¿Por qué?

—¿No te prueba eso el gran deseo que tengo de estar contigo el mayor tiempo posible?

—Bueno—dijo la condesa.—Te agradezco lo que dices, pero es preciso reflexionar.

—No hago otra cosa, te lo aseguro.

—Debes pensar que el marqués es un excelente partido.

—¡Bah! yo lo soy mejor aún.

—¡Oh!

—Esto es lo que tú decías no hace muchos días á la señora Reville, quien me lo ha repetido.

—Bien, pero los gentes del carácter de Sauvage van siendo raras.

—Por eso yo no le desaliento...

—Pero eso llegará, sin embargo.

—Tanto peor... Será que le falte perseverancia y que su interes por mi no sería muy vivo... Si no se presentan otros partidos, permaneceré soltera.

—No hablas en serio.

—Te aseguro que sí.

—Confiesa que tienes un propósito, algún proyecto, ideas que ocultas á tu misma madre... Y haces mal.

—¿Qué propósito? ¿Qué ideas?

—Si lo supiese, no te lo preguntaría; pero convengamos en que tu conducta desde hace algún tiempo es de las más extrañas.

Fernanda dirigió al rostro de la condesa una mirada extremadamente pura y límpida.

—Explicáte—dijo.

—¿Qué significan, por ejemplo, tus visitas á la avenida de la Opera, en casa del notario?

—¡Ah! ¿sabéis?—preguntó Fernanda sorprendida.

—Perfectamente.

—¿Es él quien os ha enterado, madre?

—Eso importa poco; yo lo sé. Esto es lo principal.

—Tengo asuntos y le consulto. ¿Qué cosa más natural?

—¡Una joven!... ¿No estoy yo aquí?

—Sin duda; pero vos misma me habéis repetido cien veces que el señor Dubreuil es un excelente consejero... Además es un amigo de la familia, vuestro y mío.

—¿Qué tenías que preguntarle?

—Apenas si me acuerdo.

—Bueno... Lo del notario se puede explicar; ¿pero y tus otras excursiones?

—¿Adónde?

—Al Correo, sola, en un coche de punto.

Fernanda se puso violentamente colorada.

Comprendió que no había sido el notario quien la había vendido.

Era incapaz de esto.

Su madre acababa de denunciarse á sí misma. Luego se entregaba á un indigno espionaje.

Una sonrisa amarga plegó sus rosados labios.

—¿Es á Launay á quien has encargado el servicio de informes?—preguntó, tratando de sonreír.

—A Launay ó á otros, poco importa. ¿Osarás pretender que me han engañado?

La joven movió la cabeza.

—No, dijo.

—¿De modo—repuso la condesa cambiando de tono severamente—que habéis ido sola de ocultas al correo?

—He ido sola, pero sin ocultarme.

—¿Qué podíais hacer allí?

—Tratar de hacer un servicio...

—¿A quién?

—Permitid que me calle.

—¿No queréis hablar?—dijo la condesa cuya irritación apenas podía contenerse.

Fernanda intentó un último esfuerzo para evitar una escena que ella veía venir.

—Vamos madre, cálmate—la dijo en tono sumamente cariñoso...—¿Puedes quejarte de mi conducta? ¿No te he demostrado siempre un respeto sin límites y un tierno afecto? ¿Por qué me prohibes hoy lo que siempre me has permitido? ¿Es necesario, para tranquilizarte, que te jure que estoy sin reproche, que mi corazón está tan tranquilo como el agua que duerme?... ¿Quiéres que te afirme que no me encuentro en ninguna parte tan bien como aquí y que mi único deseo es estar á tu lado lo más posible? Pues bien, te lo ruego no insistas... Sí, he ido al correo, para una buena acción... No tengo otras sobre mi conciencia.

Fernanda estaba adorable.

La señora de Corbière hubiera debido ser desarmada por aquella ternura y por aquel respeto.

Se acercó á su hija, y tocándola en el brazo:  
—¿Te niegas á decirme todo?—exclamó con una ira que no pudo dominar.

—¿Por qué tienes tanto interés en conocer un hecho tan insignificante?

—¡Porque tengo dudas!...

—¿Sobre qué?

—¡Veo demasiado que te complaces en contrariar mis deseos, en obstinarte en no sé qué piedad mal empleada!

—¿Por quién?—preguntó Fernanda.

—Por gentes que no merecen más que tu odio.

—¡Eh, madre mía! ¿Queréis hablarme todavía de los Montarón.

—¡Ciertamente!

—¡Mucho los odiáis!

—¡Sí, no lo oculto! ¿Pero no tengo para ello mil razones?... ¡Rolando!...

—Está vengado... demasiado vengado tal vez.

—¡Exageras!... Los Montarón no tienen más que lo que merecen... Uno de ellos está en presidio... Lo mereció... Los otros han partido en busca de una fortuna... Su suerte es como la de otros muchos... La madre y el hermano mayor estaban, en efecto, expuestos á una ruina cierta... ó al menos á verse arrojados de una casa que quisiera hacer desaparecer por las escenas de que ha sido teatro... Un protector desconocido les ha salvado de ese desastre.

La señora de Corbiere había pronunciado estas últimas palabras lentamente, fijándose con atención en el dulce rostro de su hija. No

pudo ver en él más que la misma sonrisa triste, y continuó teniéndola, por decirlo así, bajo su mirada fija y dura:

—Han cesado las persecuciones... El protector desconocido ha reembolsado á los acreedores.. Ese protector ha ido de París.

—¿Y bien?—preguntó Fernanda.

—Convendréis que todo esto es muy extraño.

—¡Dios mío! Todos los días pasan cosas más extraordinarias.

—Corriente—dijo vivamente la condesa, exasperada por la sangre fría de su hija...—En cuanto á esa Teresa Montarón no debe encontrarse en apuros. Parece que es bonita y sin escrúpulos... Encontrará fácilmente protectores de otro género que el que ha preservado á esa odiosa Boca del Lobo de la destrucción que yo la reservaba.

—¡Oh! ¡madre mía!

—Yo digo las cosas como son... No me gusta ocuparme de esa familia, y me ofendería que hubiera en mi casa quien se ocupara de ella...

—Sin embargo, si Teresa se encontrase en el estado que dicen?

—¿Qué queréis decir?

—Si se hubiera refugiado en París para evitar á su madre el espectáculo de una vergüenza que ella no pudiese disimular.

—¿Cómo lo sabéis?

Fernanda, herida por las sospechas y los implacables rencores de su madre, se animaba poco á poco.

—¿Creéis—dijo—que los criados se callan?  
—¿Era de Teresa de quien ibais á ocuparos al correo?

Fernanda se irguió.

—Y aun cuando eso fuera, madre mía, ¿tendríais valor para reprochármelo?

—¡Cierto!

—¡Que una joven... una de nuestras parientes... hubiera sido seducida... engañada por mi hermano... por Rolando, á quien yo queria y quiero aún!... ¡Que se hubiesen amado!... ¡Cualquiera que sea el drama de la noche siniestra en que fué muerto, nada puede hacer que esa joven, casi una niña, no haya sido la querida de mi pobre hermano!... Si lo que se dice es verdad... Si ella ha venido á París próxima á ser madre... sin dinero, sin recursos, sin amigos, ¿no sería por nuestra parte una indignidad sin excusa, dejarla entregada á todos los horrores y á todas las tentaciones de la miseria?

—¿Entonces... sabéis?

—Yo no sé nada más que... que yo quisiera, en efecto, socorrer á esa pobre Teresa, de quien habláis con tanto desprecio...

—¿Era la ayuda del señor Dubreuil lo que ibais á solicitar para ella?

—No hubiera necesitado á nadie para socorrerla... Lo hubiera hecho en secreto. Puesto que me interrogáis, puesto que os habéis tomado la molestia de vigilar mi conducta, he aquí la verdad... Sí, es de esa desgraciada de quien me ocupaba...

—¿Y vuestras gestiones han sido coronadas por el éxito?

—No, y lo siento amargamente.

—¿No sabéis nada de ella?

—Nada.

—¿Ignoráis qué ha sido de Marcelo, el más joven de los hermanos?

—Lo ignoro.

—¿Y Guillermo, el que iba en la Ferté á amenazarme hasta en mi propia casa?

—No sé nada de él.

—¿Y Juan, esa fiera con faz humana?... ¿Ignoráis también adónde ha ido?

—Sé que ha sido transportado á la Nueva Caledonia, en donde debe estar en estos momentos, y no dudo que buscará el medio de fugarse.

—¿Creéis eso?

—Juan Montarón, á quien en mi vida he dirigido la palabra, está dotado de una energía poco común. Se hará matar antes que resolverse á una vida repugnante y de sufrir la vergüenza del presidio; estoy segura de ello.

—Pues bien, lo habéis adivinado.

—¡Ah!

—Leed esto.

—¿Se ha fugado?—exclamó Fernanda.

—No; ha muerto.

La condesa pronunció estas palabras con un tono que arrancó á su hija esta exclamación:

—¡Ah, madre mía!

Al mismo tiempo la señora de Corbiere presentaba á Fernanda una carta abierta.

La carta decía así:

«Señora condesa:

»Es para mí un deber informaros del fin de un hombre, cuya existencia constituía un verdadero peligro para vos y vuestra familia.

»El ministro acaba de saber por telegrama la muerte del llamado Juan Montarón ó de Montarón.

»Parece resultar que este condenado ha sido muerto en el momento en que intentaba una evasión imposible arrojándose al mar, á fin de ganar las rocas, demasiado lejanas de la isla para que un hombre pueda llegar á ellas á nado.

»No olvido los favores que recibí en otros tiempos del señor conde de Corbiere, vuestro marido, quien tuvo á bien protegerme en los comienzos de mi carrera, y os ruego recibáis, señora condesa, la expresión de mis más respetuosos sentimientos.»

(Firma.)

(Legible, como la de todos los funcionarios.)  
La carta tenía un membrete que decía:

MINISTERIO DE JUSTICIA

*Secretaría general.*

Fernanda se la devolvió á su madre sin pronunciar una palabra.

Se había puesto densamente pálida.

La señora de Corbiere la examinó un instante con atención, y dulcificándose algo, dijo:

—Verdaderamente, te has hecho demasiado sensible. Esta noticia parece entristecerte de un modo extraordinario.

—En efecto, compadezco á ese desgraciado.

—Era un enemigo para nosotras.

—Por culpa nuestra. ¿Quién sabe si con un poco de complacencia no hubiéramos conseguido ganarle?

—Dejemos eso— dijo la condesa, sentándose cerca de su hija,—y hablemos seriamente. Huberto te ama.

—¿Tenéis gran interés en esa boda?

—Por interés tuyo creo útil insistir, tratar de convencerte de que nos será difícil encontrar otro partido mejor.

—Y aunque me quedase soltera, ¿en qué está el mal?

—Tú te arrepentirás pronto de una determinación que parecerá inexplicable, á no ser que tengas otras miras.

—¿Cuáles?

—¿Qué sé yo? Sueños de soltera; sueños imposibles.

—¡Pero madre!...

Hablando así, la condesa fijaba ávidamente sus ojos en el rostro de Fernanda, tratando de sorprender en él sus impresiones.

Había un secreto entre ellas, una falta de confianza al menos: la señora de Corbiere hubiera querido penetrar este secreto á cualquier precio.

—Los Montarón han encontrado siempre en tí un ardiente defensor de su causa. Ni aun el horrible asesinato de Rolando ha podido enfriar tu celo en su favor... Temo, ¿por qué callarlo? que te intereses por ellos en todos sentidos y que un sentimiento que no te atreverías á confesar te lleve á abandonarte á ideas imposibles y falsas.

—¡Oh! madre...

—¿Qué quieres! ¡me veo obligada á temer que ese protector que les defiende cuando se les acusa y les sostiene cuando caen en la ruina esté en mi propia casa!

—¡Oh!

—Esas visitas á casa del señor Dubreuil, esas excursiones al correo, esas correspondencias que tanto cuidado tienes en no dar á conocer me producen inquietudes.

—¿Queréis que yo las disipe?

—Sí.

—Pues bien, he aquí la verdad. Sí, soy yo quien, sabiendo que iban á echarles de su finca por una miserable suma, he prestado el dinero que se necesitaba... Así les he conservado el último asilo que les quedaba... He querido que su anciana madre muera en paz en esa ruina que se llama la Boca del Lobo... Yo hubiera querido ayudar á los otros... No he podido... No se donde están... ¿Qué me hubiera costado? Un poco de dinero... ¿Qué me importaría á mi tener unos cuantos billetes de mil francos menos? ¡Si yo pudiese encontrar á esa desgraciada Teresa, la ayudaría, no os lo ocultol! Pero los esfuerzos de un verdadero amigo,

honrado, en quien vos misma tendríais la más completa confianza, han fracasado...

—¿El señor Dubreuil?

—No. El señor Dubreuil es vuestro notario... Ignora mis ideas... Se trata de otra persona, muy segura, muy honorable.

—Continuad vuestras investigaciones... Eso es interesante. ¡Se verá á la hermana de Rolando correr al socorro de una joven causa del asesinato de su hermano!...

—¿No ha dicho Dios que se devuelva bien por mal?

—Yo no tengo tanta religión.

—Tal vez hagáis mal... ¡Si quisieráis!

—¿Qué?

—Yo calmaría vuestros temores... ¿Vos me aconsejais que me case con de Sauves?

—Sí, con toda mi alma.

—Bueno, consiento en ello.

—¿Es verdad?

—Con una condición.

—La esperaba... ¿Cuál?

—Teresa Montarón está en París.

—Es posible.

—Tiene un hijo.

—Lo ignoro.

—Ese hijo es de mi hermano.

—¿Qué?

—No hay duda que uniendo nuestros esfuerzos conseguiríamos encontrarla.

—Tal vez.

—Puesto que tiene un hijo y ese hijo es el de Rolando...

—¡Suposición!

—¡Verdad!

—Continúa.

—¿No es justo que ese niño recoja los bienes de su padre, en lugar de ser entregado con su madre á todos los horrores de una pobreza que preveo y que me asusta?...

—Ese es un admirable exceso de generosidad.

—¡Yo conocía á Rolando! Rolando, madre mía, tenía corazón... Estoy segura de que antes de morir ha tenido esta idea de justicia, y que solo la muerte le impidió realizarla... ¡Hagamos lo que él hubiera hecho!

—¡Jamás! ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—Sí.

—Sin embargo, eso no enriquecería más que á uno solo de vuestros protegidos, ¿y los otros?

—Lo que pertenece á uno de ellos es de todos... El primer cuidado de Teresa sería poner á sus hermanos al abrigo de la necesidad y levantar de sus ruinas la casa paterna... Para nosotros eso no sería ruinoso...

—No tendrá necesidad de tomarse ese trabajo.

—¡Está bien! Seguiré soltera y esperaré.

—Y más tarde, ¿qué hareis?

—Lo que mi conciencia me dicte.

—Ya lo pensareis mejor.

—No lo creo.

Las dos mujeres se habían levantado. Fernanda estaba muy emocionada.

—Madre mía—dijo.—¡El porvenir nos dirá quién de nosotras tiene razón! ¡Vos rehusais

ver y conocer á una criatura que os recordaría á Rolando! ¡Yo, si me llamase la condesa de Corbiere, querría quererle como un recuerdo viviente del hijo que había perdido! ¡Atraer á mi á los extraviados y admirarles por la grandeza de mis buenas acciones y la sublimidad del perdón! ¡Yo no puedo creer que estéis en el buen camino! ¡No me casaré con el marqués de Sauves, por ahora al menos... Me contentaré con profesarle una verdadera amistad...

—Tus ideas cambiarán...

—No lo creo...

—¡El mundo!...

—¡Eh! ¡qué me importa el mundo! ¿Y además qué tendrá que reprocharme? Luego—añadió con dulzura,—continuando á vuestro lado, espero haceros cambiar de sentimientos.

—¡No cuentes con eso!

—¡Sí, poco á poco!

La condesa movió la cabeza.

—No hablemos más de eso—dijo.—¿Qué debo decir al señor de Sauves?

—Nada... yo le hablaré.

La condesa se retiró sin pronunciar una sola palabra.

La tranquilidad de su hija, la serenidad de sus confesiones, la imponían un religioso respeto.

¡Fernanda hablaba como el ángel de la caridad!

Cuando se quedó sola, la joven se sentó de nuevo delante del escritorio, ocultó la cabeza entre las manos y, volviendo á los pensamien-

tos de que la llegada de su madre la había distraído.

—Esa joven le amaba—dijo;—ella es hermosa y rica, ¡millonaria!... ¡El la ha rechazado por un sentimiento de honor!... ¡Es generoso y tiene un corazón noble! ¿Por qué no he de amarle yo también?

## VI

## El vizconde Felipe de Fleuse á Juan Arón

«Mi querido Juan:

«Hemos recibido vuestra carta con verdadero placer.

»Ella nos trajo un poco de ese buen aire del país que tanto nos alegraremos de respirar más tarde, cuando estemos en estado de volver á pasar los mares.

»Tengo el sentimiento de deciros que no será tan pronto como sería de desear.

»Sin embargo, Guillermo, que se da cuenta mejor que yo del estado de nuestros negocios, tiene buenas esperanzas, pero por ahora su estado no es brillante.

»Vuestro hermano os hubiera escrito; pero le reemplazo yo, bajo el pretexto de que tengo más facilidad para escribir.

»Principiaré por deciros que vuestra carta nos proporeció una nueva satisfacción.

»En el primer momento, vuestra partida nos había causado un poco de sorpresa y mucha pena.

»Después, pensando en ella, he reconocido que habéis hecho bien.

»He pensado que en vuestro lugar hubiera hecho lo que vos. ¿Cómo hubiera podido resistir á la idea de que la desgraciada Teresa, sola en París, necesitara mi apoyo? Y, además, es

»Tenemos dos negros, que han venido no se sabe de dónde, y cuatro australianos que estaban al servicio del respetable señor Turner.

»Los animales, de toda especie, son aquí soberbios.

»Los hombres son infinitivamente menos notables que los animales.

»Pero montan á caballo como centauros, y son extremadamente enérgicos y dispuestos.

»Nuestros productos serán los beneficios que resulten de la venta de las lanas y de una cierta cantidad de bueyes, de caballos y de corderos, que llevaremos á Brisbane todos los años, es decir, cerca de sesenta leguas de aquí.

»Nuestros gastos consisten en la cantidad que debemos pagar al Estado, el sueldo de los seis hombres, que nos cuestan unos tres mil francos, y la comida, que no es espléndida.

»El río está poblado de unos pescados excelentes, de los que el más exquisito es una especie de bacalao de agua dulce, que uno de nuestros negros coge con gran destreza.

»Guillermo manda nuestro personal; él es quien dirige todo, conoce todo y nos sirve de factotum.

»Si salimos bien, será á él á quien se le deba, y me felicitaré toda mi vida de haberle encontrado.

»Con él yo no tengo que ocuparme más que de cazar, beber, comer y dormir.

»Nuestros hombres le adoran, y jamás hemos tenido con ellos el menor disgusto.

»En resumen, á pesar de las dificultades de un debut, yo debo reconocer que todo va bien;

pero es preciso acostumbrarse á esta vida de salvajes, tan diferente de la que estábamos acostumbrados á hacer en Francia.

»Al ver nuestra casa os quedaríais estupefacto.

»Es una gran barraca de madera, como todos nuestros edificios, y que se compone de media docena de habitaciones, de las que la más grande sirve de cocina y de comedor.

»El tejado es de corteza de eucalyptus, las paredes de tablas: enredaderas de todas clases la rodean, trepan y cubren esta singular casa, hasta el punto de que se la podría tomar por un montón de verdura escondido bajo árboles inmensos.

»Nuestros vecinos más próximos están á seis ó siete leguas de distancia, y me alegro de esto, porque al salir de nuestros prados se entra en la región de las minas.

»Aquí nos tenéis en una cabaña de Pielas Rojas, en compañía de negros y mestizos de tres ó cuatro razas, en medio de un llano interminable, en el que acá y allá se elevan algunos árboles.

»No soñaba yo con una vida tal cuando jugaba al billar, en el colegio de Tours, con nuestro defensor el señor Letanneur de la Gignoniere.

»Pero hay que hacerse á todo.

»Puesto que estáis en París, mi querido Juan, seríais muy amable si os encargáseis de una comisión que exige cierta diplomacia.

»He aquí la cosa:

»Hace cinco años, en uno de mis numerosos

viajes á París, conocí á una joven encantadora.

»Se llama Angela Duprat.

»No vayáis á creer que se trata de una princesa.

»Angela Duprat ora, en la época en que la conocí, una simple modista del arrabal Montmartre que corría por las calles con una caja al brazo.

»Era morena, alegre y vivaracha.

»Muy joven; tenía diez y siete años no cumplidos.

»Guapa, tal vez.

»Yo no me di jamás bien cuenta de esto.

»Todo lo que puedo deciros es que á los pocos días de conocerla estaba prendado de ella.

»La saqué del almacén; la amueblé un cuarto y la pasé una cantidad suficiente para atender á sus necesidades.

»Estoy seguro de que ella me apreciaba y que me estaba agradecida.

»¿Por qué ocultaros mi debilidad?

»La amo.

»Por ella es, sobre todo, por quien he querido restablecer mi fortuna á toda prisa.

»Cuando vi mi ruina precipitarse, mi mayor sentimiento fué no poder continuar sosteniéndola y que me veía obligado á abandonarla expatriándome. Sin embargo, ella no debe encontrarse en la necesidad.

»Ella tenía, antes de mi partida, economías de una cierta importancia, y yo la di además bastante dinero para que pudiese esperar lo menos dos años mi vuelta ó envío de fondos, que no dejaré le mandarla.

»Me prometió serme fiel.

»No os riáis, os lo suplico.

»Este sentimiento es el único que deja en mi alma un sitio vulnerable,

»Ahora que estamos, vuestro hermano y yo, establecidos para largo tiempo en esta propiedad, me propongo escribir á Angela y preguntarla si consentiría en expatriarse á su vez y compartir nuestra modesta estancia, que yo haré más comfortable tan luego como tenga medios.

»En ese caso me decidiría á casarme con ella.

»Entretanto me alegraré mucho de tener noticias de ella, si podéis procurármelas, directamente, sin comprometeros.

»Vive en la calle Verneuil, el número lo encontrareis en la tarjeta que acompaño.

»Los porteros son buenas gentes, se alegrarán mucho de poder daros informes.

»He aquí, mi querido Juan, el favor que espero me hagais.

»Os agradeceré mucho me digais algo respecto á ella en vuestra próxima carta.

»Dirigirla al hotel de Halifax, á Brisbane. El dueño la hará llegar á mi poder.

»Esto es cuanto puedo deciros por ahora.

»En este momento regresa Guillermo de su excursión de seis horas á caballo por nuestros prados.

»Parece encantado.

»Nuestros ganados son magníficos y el año promete ser abundantísimo.

»Los carneros prosperan y Guillermo está

satisfecho de nuestros criados negros, amarillos y blancos.

»Vuestro hermano os abraza con el afecto que le conocéis y espera que un día nos encontraremos reunidos los tres.

»Guillermo me dice que debemos hacer un envío de bueyes á Brisbane al mismo tiempo que llevamos las lanas, que son muy buenas.

»Esto nos proporciona de cuarenta á cuarenta y cinco mil francos, lo que es una regular cantidad para un debut.

»Pienso enviaros algún dinero de esta primera venta para vos y algo para Angela.

»Todos estamos, querido amigo, en un momento penoso de nuestra vida, pero si á veces me desespero, con más frecuencia tengo horas de esperanza y me digo, como Guillermo, que el porvenir es nuestro.

»Os abrazo de nuevo por él y por mí.

»Vuestro amigo.

»FELIPE DE FLEUSE.»

El pobre enamorado había añadido por tercera vez en la posdata:

»Pensad en Angela.»

Y además:

«Guillermo os recomienda que no os desaniméis. ¡Encontraréis con seguridad á Teresa y tal vez la hayais visto ya! ¡Cuanto más frecuentemente nos escribáis, más nos alegraremos!»

## VII

### Sin misterio.

Fernanda de Corbiere, desde su conferencia con su madre, no tomaba ya ninguna precaución para ocultar sus gestiones.

Al día siguiente, á cosa de las diez de la mañana, fué á la avenida de la Opera, entró en casa del Sr. Dubreuil y fué recibida al instante por el notario.

El anciano la acogió con paternal bondad.

—Habéis estado á punto de encontrar aquí á uno de vuestros conocimientos—la dijo.—Hace cinco minutos que se marchó.

—¿Mi madre?

—La misma.

—¿Ha estado aquí?

—Hace un momento.

En la cara de la joven se veía una resolución y una firmeza que llamaron la atención del notario.

Toda la noche se había estado repitiendo, con una emoción de vergüenza y de despecho, mezclada de tristeza.

—¡Se bajan hasta espiarme! ¡Me creen débil, tal vez crean que he cometido alguna falta. ¡Y es mi madre quien sospecha de mí!

Este descubrimiento la molestaba mucho.

Jamás, hasta entonces, había mostrado la condesa tales desconfianzas.

Por el contrario, Fernanda estaba acostumbrada